

REFLEXIONES A PARTIR DE LA EXPERIENCIA DEL CORONAVIRUS

SABIN ADURIZ

Madrid a 9 de Abril de 2020

Confinados viendo pasar cadáveres

Estamos pasando los días de confinamiento con inquietante extrañeza ante los efectos del coronavirus (Covid-19), en parte desconocidos y temibles en tanto pueden desencadenar la muerte. Podemos reaccionar con angustia ante esta situación de incertidumbre, reconociendo que la angustia es un afecto señal que puede prepararnos ante la venida de lo indeterminado, aunque en ocasiones puede desbordarnos también como angustia traumática.

Es tentadora la idea de buscar un chivo expiatorio para cargarle “el muerto”, como una manera de endosar al otro el dolor de existir (Lacan). Pero lo que verdaderamente se ha impuesto en esta crisis es la realidad de la muerte, la presencia de la muerte como Amo que impone su jerarquía.

¿Qué jerarquía? El poder de igualarnos a todos en tanto amenazados por ella, puesto que el virus puede ser letal. La amenaza de la muerte no distingue clases sociales, ricos de pobres, mujeres de hombres, jóvenes de viejos. Si bien las personas de la tercera edad son más vulnerables, también la Parca puede llevarse a los jóvenes.

Manteníamos a la muerte recluida en los arrabales, lejos de donde bullía la vida; estaba apartada, excluida, desterrada fuera de las murallas de la ciudad. Algunos científicos, envalentonados por el logro del alargamiento de la vida, habían pronosticado la victoria sobre la muerte dentro de pocos años. Y la muerte ha vuelto con toda su potencia, ha vuelto arrasando.

La presencia de la muerte nos recuerda que ella puede contribuir a dar sentido a la vida al recordarnos nuestra transitoriedad. Pues la finitud pone un límite a la atemporalidad y al tiempo infinito que ilusoriamente se despliega ante nosotros.

Plantarle cara a la muerte implica en primer lugar hacer un duelo experimentando la tristeza y la pérdida que la enfermedad y la muerte nos hacen sentir, pero también rescatar el amor al otro, al prójimo cercano del cual nos hemos visto obligados a separarnos, a quien no podemos saludar, besar, oler y hablar en presencia. Echamos en falta ese amor al otro y del otro que nos nutre.

La reflexión sobre la posibilidad de tolerar la incertidumbre sin endosar el dolor de existir al chivo expiatorio o a los otros, no nos impide realizar una crítica constructiva de quienes nos gobiernan, pero sí nos previene sobre las soluciones totalitarias encarnadas por líderes fanáticos dictatoriales y autoritarios, que, con la promesa de eliminar toda incertidumbre, toda incompletud y toda indeterminación, imponen su determinismo violento, tal como nos alecciona la historia.

Sirvan estas líneas de testimonio y de respeto a las personas fallecidas a causa del coronavirus (Covid-19), muchas de ellas han muerto solas, sin la cercanía de los seres queridos, sin ningún rito afectuoso de despedida. La ausencia de rituales de duelo tiene consecuencias no sólo en los difuntos sino también en los supervivientes, pues en cierta forma pesa el fantasma de ser transportados a la morada de los muertos.

Quiero tener un recuerdo especial por nuestro querido colega Luis Fernando Crespo que ha fallecido en este tiempo del coronavirus (Covid-19).

Propuesta de una Constitución para el mundo

Luigi Ferrajoli, exmagistrado y filósofo del derecho italiano, Raniero La Valle, periodista también italiano y Adolfo Pérez Esquivel, argentino y premio Nobel de la Paz, entre otros politólogos y activistas han abogado por crear una Constitución para el mundo. Ferrajoli afirma: “La Constitución del mundo no es el Gobierno del mundo, sino la regla de compromiso y la brújula de todos los Gobiernos para el buen gobierno del mundo” (El País, 5-4-2020).

Así mismo Ferrajoli manifiesta en el artículo citado: “Es absurdo que acumulemos armas para la guerra, pero no mascarillas para una pandemia”.

Considero que la cita es suficientemente elocuente de cara a pensar en el sentido que puede tener en estos momentos de nuestra historia la elaboración de una Constitución del mundo.

Los analistas en cuarentena trabajando *on line*

Los analistas somos seres humanos sujetos a las vicisitudes históricas. Como decía Luisa de Urtubey: “El diván no es el mundo”. La crisis del coronavirus (Covid-19) nos lo recuerda y lo hace patente como nunca lo habíamos experimentado. En efecto, la cuarentena nos muestra a los analistas como vulnerables y cuando los pacientes entran en nuestras casas, donde estamos confinados, a través del *Skype* o a través de una video

llamada por *WhatsApp*, nos encontramos afectados por las mismas prescripciones que pesan sobre ellos. Considero que hemos perdido ciertas características que tienen que ver con la idealización y participamos de la vulnerabilidad y la finitud de los seres humanos. Pero merece la pena reflexionar sobre esto como analistas, en tanto marcados por la herida narcisista y por la castración simbólica.

Planteo la hipótesis de que algunos pacientes que no aceptan trabajar *on line* rechazan tomar contacto con la mentada pérdida de idealización del analista, como si fuera de nuestro consultorio se desvelara nuestra desnudez.

Muchos analistas hemos experimentado un mayor cansancio al trabajar *on line*. Este mayor esfuerzo lo hemos sentido especialmente en los tratamientos analíticos más que en las supervisiones. Pienso que el efecto de cansancio no es ajeno a nuestra cuarentena e indudablemente a la pérdida de la presencia del otro/otra, de su cuerpo, de su olor, de su sensorialidad y de su fisicalidad. La virtualidad ha reemplazado a la presencia y gracias a la tecnología podemos trabajar con nuestros pacientes y con nuestros supervisados. Pero a pesar del cambio del encuadre podemos hacer un trabajo psicoanalítico.

Compartir el confinamiento, participar de una fantasía de muerte compartida con los pacientes, no convierte al tratamiento en una charla de café o en una reunión de amigos o de amigas que toman el aperitivo y la caña de cerveza. La asimetría de la situación analítica permanece, pero más despojada de idealización por parte del paciente y, por ende, más apuntando a lo esencial: la dimensión transfero-contratransferencial de nuestro trabajo. Así podemos encontrarnos con pacientes que viven el confinamiento como un espléndido repliegue, pero no dejan de experimentar una inquietante extrañeza porque algo familiar se ha tornado siniestro, adquiriendo en la relación con el analista el carácter de lo incestuoso. También nos encontramos con trabajadores sanitarios que rechazaban sentirse héroes e inmolarsen en el altar de los dioses bajo la tiranía de los ideales, prefiriendo algo tan del día a día como una protección apropiada frente al coronavirus y no una bolsa de basura. Aquí, el cable a tierra, la caída del guindo, servía también al despojamiento del analista de los oropeles imaginarios para confrontarse con la realidad de la castración simbólica. Asimismo, a sorprendernos en el marco de una supervisión con una colega por un paciente que había comenzado a soñar y a asociar mucho más libremente desde que, a causa del confinamiento, trabajaba *on line*, como si el otro/otra al virtualizarse hubiera aligerado su peso superyoico y

el paciente se sintiera más libre y menos inhibido. La colega que supervisaba pensó en la idea de “lo negativo”: la movilización y la fuerza que puede tener “lo que no está”; lo cual me evoca la proposición de Freud *Dinámica de la transferencia* acerca de que “nadie puede ser vencido *in absentia* o *in efigie*”. Tal vez, desde la desidealización que he mentado se ha producido una transformación de la representación del analista, que ha pasado de ser efigie del rey a ser “el rey está desnudo”. Para finalizar, mencionar a un paciente para quien el golpe de realidad del coronavirus ha supuesto poner de nuevo el tiempo en marcha, pues estaba detenido en un secuestro narcisista en el que el otro había perdido la dimensión de alteridad. Esta pérdida comprometía muy profundamente la relación con el analista, pues es muy diferente aferrarse a alguien que vincularse con otro.

El aferramiento tiene que ver con la relación narcisista, que Freud definía como: “fuerte fijación, débil investidura”; mientras que afirmaba en *Amor de transferencia* que se depende de las personas a las que se ama.

Termino con las palabras de Luis Eduardo Aute, recientemente fallecido: “Entre la jaula y la jauría/ entre morir o matar/ prefiero amor/ prefiero amar”.